

Un rincón para la historia

"Pobres mujeres"

Es seguro que "La Vega" en sus páginas de información recogerá el II Encuentro de Asociaciones de mujeres celebrado la pasada semana en Archena. Una de las conferenciantes de esta jornada, (Dña. M^a Trinidad Herrero, profesora de la Facultad de Medicina) en su interesante charla aludió a la "feminización de la pobreza", un concepto del que cada vez se oye hablar más. Con el se quiere reflejar una realidad inapelable: hay más mujeres pobres que hombres pobres, no solo en las sociedades en vías de desarrollo sino también en el llamado primer mundo. Esto, aunque como término pueda resultar novedoso, no lo es, en absoluto, como situación real. Muy al contrario, el hecho de que las mujeres (las solteras, viudas o separadas) sean más pobres que los hombres, y desde luego, más pobres que cuando convivían con algún hombre tiene una larga tradición que precisamente el acceso de la mujer al trabajo remunerado puede ayudar a paliar.

En la Edad Moderna la mujer era una pluriempleada, como el hombre, y dominaba una serie de tareas y habilidades tendentes a conseguir que en el mismo seno de la familia se pudiese dar el mayor grado de autarquía posible. De esta forma la casa del agricultor parecía un taller artesanal donde se fabricaban vestidos zapatos, herramientas... mientras que la casa del artesano tenía con frecuencia una pequeña huerta donde cultivar lo imprescindible para el consumo propio. Pero la inferioridad de la mujer en el terreno económico era enorme; en las ocasiones en que trabajaba como jornalera ganaba la mitad que un hombre. Cuando la unión matrimonial

se rompía, normalmente por la muerte del cónyuge, como sucedía con frecuencia, la situación se tornaba desastrosa. La viuda del propietario agrícola o del artesano o comerciante acomodado, continuaba el negocio de su marido. La del pequeño artesano o jornalero, sola o cargada de hijos de corta edad, se quedaba en la miseria. Concretamente en Yeste, en 1.586, de 164 viudas censadas, 77 son consideradas pobres. En el Archivo Municipal de Archena se conserva una instancia de una viuda que solicita y argumenta que debe pasar a ser considerada como pobre, probablemente a efectos de dejar de figurar en los padrones y repartimientos para el pago de impuestos.

En la sociedad del Antiguo Régimen los hijos comienzan pronto a tomar parte en el trabajo familiar, pero por múltiples razones a veces físicas (su menor fuerza), y sobre todo, morales y sociales (los peligros del trabajo fuera del techo familiar), las familias intentan deshacerse tempranamente de las hijas poniéndolas a servir, a veces a la edad de cinco años. En épocas de mayor escasez siempre era el hijo el que se alimentaba mejor, quedando la niña relegada. Este afecto menor por la hija se compensa en cierta medida con las costumbres de la herencia, que prevén un reparto igual de los bienes entre los hijos, y sobre todo, con la dote que aportaba la mujer al matrimonio y que era inviolable e inembargable. En el Archivo de Archena se puede consultar a este respecto una solicitud de una mujer cuyo marido ha sido hecho preso por deudas, reclamando que los bienes que ella aportó como dote no pueden ser embargados

por ser de su exclusiva pertenencia.

La sociedad europea de estos siglos de la Edad Moderna es en su totalidad absolutamente patriarcal; el padre, el esposo, es el que detenta toda la autoridad en el seno de la familia. Los hijos tenían medios de escape; las hijas estaban totalmente a su arbitrio; el padre decidía si habían de casarse y con quién, o si habían de encerrarse en un monasterio. Los reyes y las leyes apenas intervenían en este ámbito de la autoridad familiar, e incluso la justicia prefería cerrar los ojos cuando un marido daba muerte a su mujer, salvo que la familia de la víctima fuera muy poderosa. Paradójicamente en esta sociedad patriarcal había, en cierto sentido, un gran respeto a la mujer. En la segunda mitad del Siglo XVIII, Lady Fanshawe escribía a su vuelta de España llena de admiración: "He visto a un duque y a un Grande parar el caballo cuando una mujer del pueblo atraviesa la calle para no mancharle la ropa, y quitarse el sombrero a la mujer más humilde si les hace reverencia". También le resultaba sorprendente la costumbre, casi única en el mundo, de que la mujer conserve en el matrimonio sus apellidos y los pueda transmitir a sus hijos.

Pachi Amorós Vidal
Licenciado en Geografía e
Historia

